



# EL CUENTO SEMANAL

30 Cént.

## EL MISTERIO DEL KURSTAAL

NOVELA POR JOSÉ FRANCÉS

*Ayuntamiento de Madrid Ilustraciones de Agustín*

# El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.-27 de Octubre de 1911.-NÚM. 252

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.  
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre  
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

## ESCUELA MATRITENSE DE ESTUDIOS SUPERIORES DE LA FACULTAD DE DERECHO

FUNDADA EN 1895

ÚNICO CENTRO DE ENSEÑANZA SUPERIOR INCORPORADO Á LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Preparación por sistema especial de enseñanza mediante el trabajo realizado en las clases, complementado por apuntes-extractos de las explicaciones del Profesor oficial, y división de las clases en secciones, atendiendo al aprovechamiento y aplicación de los alumnos.

Planes abreviados para obtener el Título de Abogado en tres y cuatro años, y de grupos especiales de asignaturas formados para cada convocatoria, mediante los cuales puede obtenerse en brevísimo tiempo. Para Junio próximo se han establecido, entre otros, los siguientes grupos de asignaturas: PRIMERO. Para los alumnos que comiencen la carrera: las tres asignaturas del Preparatorio y las del primer año de Facultad.—SEGUNDO. Para los que tengan aprobado el Preparatorio: las asignaturas del primero y segundo año de la carrera.—TERCERO. Las asignaturas de tercero y cuarto año.—CUARTO. Derecho penal, Hacienda, Civil 2.º, Internacional privado, Mercantil y Procesales.—Los alumnos que empiecen la carrera pueden aprobar, mediante este plan de grupos, tres años de la misma en el curso próximo.

Todo género de garantías sobre el buen resultado.—Matrícula de Honor en todas las convocatorias.—Preparación por apuntes á los alumnos de provincias.

Pidanse Reglamentos: SAN BERNARDO, 85, MADRID

## REGALO A LOS CONSUMIDORES DEL VINO DE LA

### Colonia de San José

Plaza del Callao, 6.—Teléfono 218.—Bodegas y viñedos, Zúncara (provincia Ciudad Real)

Como antigua costumbre de esta casa, seguimos regalando á nuestros consumidores dos kilos de uvas de mesa por cada 16 litros, y cada 8 litros un kilo de las exquisitas uvas que producen los parrales de la Colonia, que son: Valenci, Gruner, Moscatel romano, Chelva, Planta de la Reina y otras. Este regalo durará dos meses, si persistentes lluvias no echan á perder el fruto.

Vinos blancos y tintos añejos de mesa elaborados con maquinarias modernas, y, por lo tanto, con las necesarias condiciones higiénicas, á precios económicos, según clase y año.

PLAZA DEL CALLAO, 6 \* TELÉFONO 218

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

## EL HOMBRE QUE VIVIÓ DOS VECES

POR ALEJANDRO LARRUBIERA

Ayuntamiento de Madrid

# EL MISTERIO DEL KURSAAL

## I

### LA MUERTE DE MISS ADA HOWELL

Una mañana de Febrero, el timbre del Mundial Kursaal sonó insistente.

No había nadie en el teatro más que el portero, entretenido en limpiar las habitaciones de contaduría y el despacho del director.

Acudió al aparato y una voz impaciente le preguntó:

—¿Está el empresario?

—No, señor; no viene hasta las tres de la tarde, después de comer.

—¿Dónde vive?—repitió la voz impaciente.

—¿Con quién hablo?

—Con la Jefatura de Policía. ¿Dónde vive el empresario?

Al portero le tembló la voz al contestar.

—En la calle de Serrano.

—¿Qué número?

—193.

—¿Tiene teléfono?

—No, señor.

—Bien.

Bruscamente quedó cortada la comunicación, y el portero, colgando los receptores, se dispuso á continuar la limpieza del despacho, cuyas paredes estaban cubiertas de grandes carteles de artistas y atracciones internacionales.

—«Alguna multa»—pensó el portero mientras requería nuevamente la escoba.

Pero entonces fué el timbre de la puerta el que sonó largo rato.

Bajó el portero á abrir y se encontró con dos hombres que, sin previo saludo ni permiso, entraron al vestibulo y cerraron la puerta tras de sí.

El portero quiso protestar.

—Pero, señores... ahora no hay nadie...

—No importa—dijo el más joven—. Somos periodistas y venimos á saber noticias del crimen. El portero les miró estupefacto.

—¿Qué crimen?

—¡Ah! ¿Pero usted no sabe nada? Entonces, ¿no ha venido nadie aún?

Y los dos periodistas se miraron con aire de triunfo. Eran los primeros en saber la noticia...

—¿No han telefoneado hace un momento de la Jefatura de Policía?

—Sí, señor; pero...

—¿Pero qué?

—Que yo no sé para qué es... Me han preguntado las señas del empresario.

—¿Y cuáles son esas señas?—preguntó uno de los periodistas sacando un lápiz y un cuadernó del bolsillo.

El portero se encogió de hombros. Un periodista no es la Jefatura de Policía.

—No puedo decirlas.

—¡Ah! ¿Sí? Entonces tampoco le decimos nosotros lo del crimen.

Ante esta amenaza, la curiosidad del portero se despertó. Después de todo, al empresario ya le habría molestado la policía y no importaba que siguieran molestándole los periodistas.

—Bueno; favor por favor. Ustedes me dicen lo que hay y yo les doy las señas de Don Carlos.

—Conformes. Sepa usted que acaban de encontrar asesinada, en su cuarto del hotel, á miss Ada Howell.

El portero creyó haber oído mal.

—¿Qué dice usted?

Pero sin dejarle repetir al periodista la noticia añadió, señalando con la mano uno de los carteles que había en la pared:

—¿A esa?

Los dos periodistas levantaron la vista hacia el cartel.

La cupletista inglesa, ceñida por una malla de

seda negra, que la cubría hasta los muslos, desnuda de pie y pierna, y con una gran sombrero negro sobre la cabellera rubia, sonreía...

—A esa misma. Ha aparecido degollada y completamente desnuda sobre el lecho.

—¿Y no se sabe quién ha sido el asesino?

—Hasta ahora no. Los dueños del hotel juran y perjuran que ayer, como todas las noches, miss Ada entró sola después de la función.

—Usted sabrá algo de ella—intervino el otro periodista—. ¿Tenía algún amante?

—No, señor—respondió el portero—. A miss Ada no le gustaban los hombres.

—¡Ah!

—Además, era muy formal y un poco romántica. Alternaba como todas; pero no le gustaban las broncas. Más de una vez y de dos ha rechazado muy buenas proporciones.

—¿Anoche trabajó?

—Sí, señor. En la primera parte.

El periodista estaba dispuesto a seguir interrogando, pero su compañero le habló al oído:

—Perdemos un tiempo precioso... Seguramente se nos han adelantado los otros.

El primero de los periodistas asintió con un movimiento de cabeza. Luego, volviéndose hacia el portero, repitió la pregunta:

—Conque, ¿dónde vive el empresario?

—Serrano, 193.

—¿Ciento noventa y tres?

—Sí, señor.

Los dos periodistas salieron precipitadamente, y el portero quedó un momento pensativo ante el cartel que representaba a miss Ada Howell.

La artista sonreía con sus labios rojos y sus pupilas claras de nácar, veladas por el azul pastel de los párpados y las alas oscuras del sombrerón que atravesaba una excéntrica pluma verde.

## II

### UN RETRATO DE MUJER

Cuando Pablo Almenar, uno de los inspectores más jóvenes y más sagaces de la Policía española llegó al número 193 de la calle de Serrano, era ya mediada la mañana.

El sol aclaraba los desmontes cercanos al Hipódromo y ponía reflejos de cobre en los cristales del antiguo palacio de Exposiciones. Sonaban alegres y tenaces las campanas de los tranvías.

El número 193 era una casa moderna y aislada, de cinco pisos, con balcones de piedra y una amplia azotea coronando el edificio.

Almenar preguntó en la portería:

—¿Don Carlos Moreno?

—Tercero izquierda—contestó una mujer—: pero no está.

El policía, que empezaba a subir la escalera, se detuvo.

—¿Está usted segura? ¿Tan pronto ha salido de casa?

—Es que no ha vuelto desde ayer por la tarde.

—¡Ah! ¿Y cómo lo sabe usted? Puede haber venido a altas horas de la noche y usted no sentirle entrar.

La mujer sonrió.

—Otras noches sucede eso; pero ésta es que no ha venido. Me lo ha dicho su criado.

—¿Está arriba el criado?

—¿Quién? ¿Paco?

—Sí, ese; como se llame.

—Arriba está.

—Bien.

Y Pablo Almenar subió las escaleras de dos en dos hasta llegar al cuarto donde vivía el empresario del Mundial Kursaal.

El criado tardó un rato en contestar que el señorito no había vuelto en toda la noche. Luego quiso cerrar inmediatamente la puerta.

Pero Almenar se lo impidió.

—No, no cierre usted. Tengo precisión de hablar con su señorito... Le esperaré.

—Como usted quiera; pero ya es fácil que no venga. Comerá en el Casino y luego se irá al teatro. Eso ocurre muchos días.

Se notaba en las palabras del criado algo extraño, como deseo de amontonar el mayor número de razones, para convencer al policía de que se fuese.

—No importa. Le esperaré.

—Aquí, no. Yo tengo que salir ahora a la calle, y ya comprenderá usted que...

—Sí, sí... Comprendido. Le esperaré abajo, en el portal.

—¿Y si no vuelve?

Almenar se encogió de hombros.

—¡Bah! No tengo prisa.

Pero ninguno de los dos hombres se decidía a nada.

El criado no cerraba la puerta. Almenar permanecía inmóvil.

Por último, el criado se decidió:

—Bien. Pase usted.

Fué a torcer por el pasillo de la derecha, pero retrocedió en seguida.

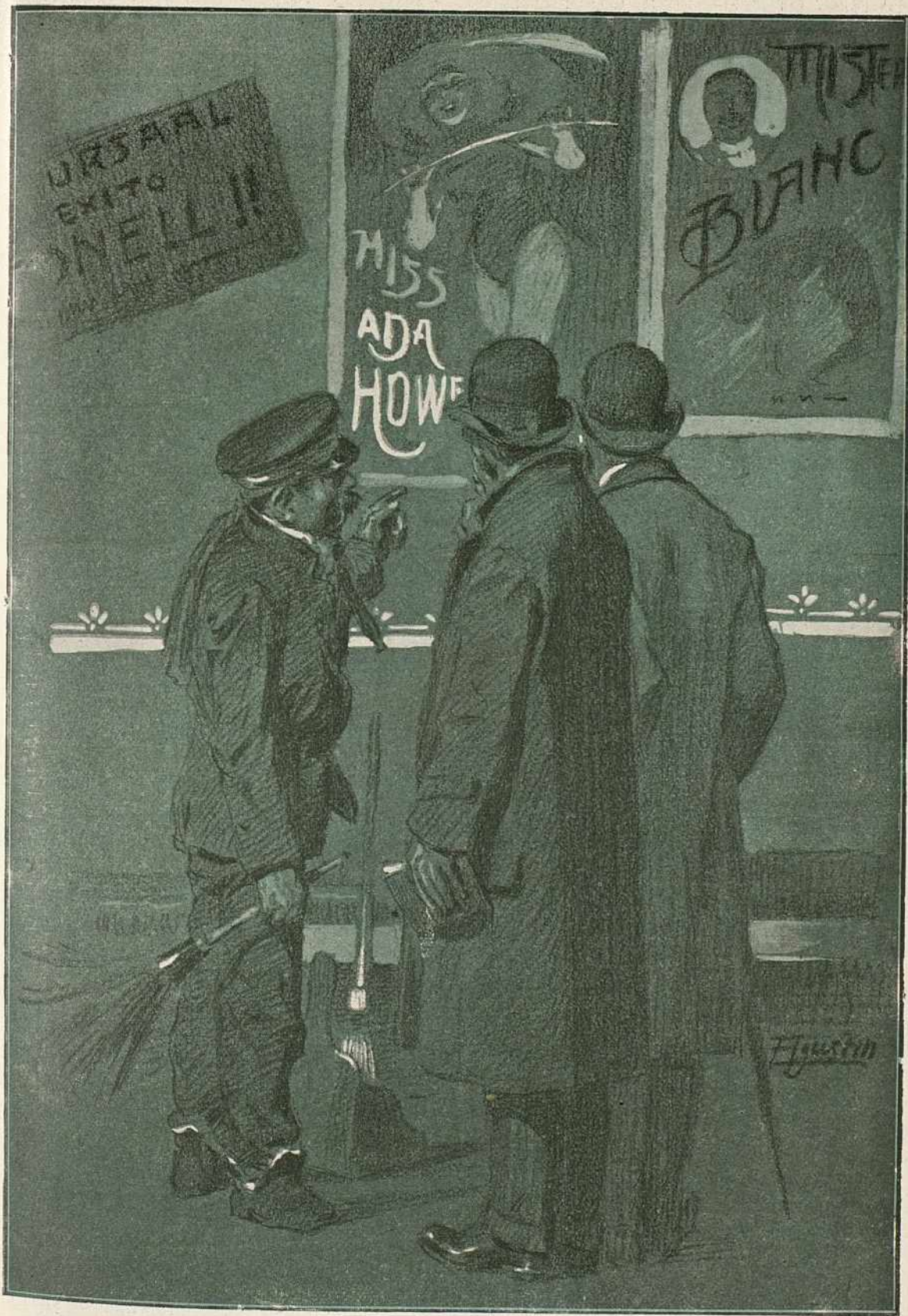
—No. Por aquí es mejor.

El policía miró hacia la primera dirección. En la sombra se adivinaban unos bultos que parecían maletas.

Siguieron el pasillo de la izquierda y tuvieron que atravesar dos ó tres habitaciones—el comedor, un gabinete, un cuarto de baño—hasta llegar al despacho.

Almenar comprendió que aquél no era el camino más corto.

El despacho estaba amueblado con muebles claros, de estilo inglés. Grandes cortinas verdes caían hasta el suelo, alfombrado de verde también. En las paredes había grabados franceses y trívulos—de Welly, de Guillaume—con marcos



Ayuntamiento de Madrid

de madera y cristal, colgados de cordones verdes.

Un estor blanco con encajes crema tamizaba discretamente la cruda luz del sol.

—Síntese usted—indicó el criado á Almenar—. ¿El señor busca al señorito para algún asunto del teatro?

—Justamente.

El criado se mordió los labios.

—En ese caso... Tal vez...

—¿Qué?...

—Nada... Que el señorito no se ocupa aquí del teatro... Tiene allí horas marcadas: de tres á siete, ¿sabe?

Almenar le miró fijamente. ¿Por qué no le dijo todo aquello en la puerta? Hubiera sido más natural.

—Hablemos claro, amigo. ¿Está ó no está el señor?

Al oír el acento autoritario del policía, Paco sintió despertar su arrogancia:

—No está. Pero, aunque estuviera, creo que es muy dueño de recibir á quien le dé la gana. El señor no tiene por qué ocultarse de nadie.

—¿Está usted seguro?

Tanta impertinencia desconcertó al criado.

Almenar comprendió que había llegado la hora de decir quién era.

—Mire usted, amigo... Yo soy inspector de Policía.

La súbita palidez, la instintiva turbación de Paco no le pasaron inadvertidas al policía.

—¿Y qué quiere usted?

—Muy sencillo: Se ha cometido un crimen, y tal vez los datos que nos facilite su señorito pueden servirnos de mucho.

Iba á contestar el criado, cuando sonó dos veces seguidas el timbre de la puerta.

—Ese debe ser—dijo el policía.

—No; creo que no... El señorito siempre da dos timbrazos.

—Precisamente...—repuso sonriendo Almenar.

Mientras salía á abrir el criado, cada vez más aturdido, Almenar echó una mirada á la mesa de escribir.

Sobre la cartera de cuero rojo con iniciales de oro se destacaba el rectángulo blanco de un sobre con la siguiente dirección:

SR. D. JULIO MARTIN

MUNDIAL KURSAAL

*Urgente*

Junto al tintero, en un marco imperio de raso con antorchas y coronas de bronce, había un retrato de mujer.

El policía creyó reconocerla. Tal vez la vió en los escaparates del fotógrafo Kaulak; tal vez en alguna Revista aristocrática.

Era una mujer alta y gruesa. La color muy

morena y los ojos y el pelo muy oscuros. Estaba escotada y ceñido el cuello por un tul ancho y negro, bordado en azabaches.

El inspector miró más atentamente.

Sí. Era la mujer de Uriarte, un americano muy conocido en Madrid.

Inclinado sobre el retrato, le sorprendió la entrada de Carlos Moreno.

El empresario entró sin quitarse el sombrero. Era un hombre alto y rubio, con los ojos azules y la carnación muy blanca. Desde el primer momento se le notaba cierta altivez de hombre acostumbrado á ser obedecido.

Al ver al policía se acentuó la hostil gallardía de su rostro.

—Usted dirá qué desea.

Almenar se inclinó sonriendo.

—Siento mucho molestarle á usted; pero no hay más remedio. Vengo de parte del señor jefe superior de Policía á rogarle que me acompañe.

—¿Yo? ¿A santo de qué?

—¡Oh! Tranquilícese. No va nada contra usted.

—Ya lo supongo.

—Es que anoche han asesinado á una artista de su teatro. A miss Ada Howell.

Carlos Moreno no pudo ocultar su emoción.

—¿A la inglesa?

—A la misma. La han encontrado degollada en su cuarto del hotel.

Carlos Moreno se dejó caer en una silla.

—¡Qué contrariedad!

Se quitó el sombrero para limpiarse el sudor. Empezó á desabrocharse el gabán de pieles.

Hubo una pausa. Almenar esperaba.

—Bueno, ¿y de qué puedo servirles á ustedes? dijo de pronto Moreno—. Yo no sé nada de esa señorita. A mí me la envió mi agente de Barcelona, donde trabajaba en el Edén. Venía de Marsella, según creo; pero yo no sé nada más... Tengo por norma no ocuparme en absoluto de la vida de mis artistas.

—Sin embargo, señor Moreno, la presencia de usted en estos momentos es muy necesaria. Usted puede ayudar en mucho la acción de la justicia.

—Bien. Pues esta tarde hablaremos. Yo estaré en el Kursaal á las tres...

Almenar seguía sonriendo.

—Olvida usted que vengo á buscarle en nombre del jefe superior de Policía. Además, que usted no piensa ir esta tarde al teatro.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Esa carta.

Y Almenar señaló con la mano el sobre que había encima de la carpeta.

—Si pensara usted ir al teatro—continuó—, no le hubiese escrito á su representante.

Moreno se mordió los labios.

—Bueno; iremos. ¿Y se tardará mucho en eso?

—Lo ignoro. Supongo que no.

—Es que...

—¿Qué?

—Nada... Que yo tengo que hacer un viaje; salir hoy mismo de Madrid... Esa carta era anunciándoselo á mi representante.

—¡Ah!

—Y es un fastidio... Compréndalo. En fin, puede usted decirle á su jefe que yo iré antes de una hora... Es en la calle de Quintana, ¿no?

Almenar volvió á denegar, sonriendo.

—Imposible, señor Moreno; imposible... Yo me atrevo á rogarle á usted que venga conmigo ahora mismo.

Moreno empezaba á encolerizarse.

—¿Sabe usted, señor mío, que esto tiene todas las apariencias de una detención?

Almenar no contestó.

—Yo tengo que arreglar mis asuntos antes de...

El policía fingió un asombro que estaba muy lejos de sentir.

—¿Antes de qué? ¡Pero si contra usted no hay ninguna acusación!

—Claro que no. Pero... ya ve usted... Abajo me espera un amigo en un coche y yo tengo que advertirle...

—Bien. Cuando salgamos, puede usted decirselo.

—¿Delante de usted?

—¿Por qué no?

—Porque no me da la gana, señor mío. Se trata de un asunto que no le interesa á nadie más que á mí.

En aquel momento sonó la puerta del piso al ser cerrada violentamente.

Moreno volvió instintivamente la cabeza.

Almenar se dió cuenta en seguida de lo que había ocurrido y quiso salir.

—¡Vamos! ¡Pronto! ¡Pronto!...

El empresario le detuvo sujetándole por un brazo.

—¿A dónde? ¡Qué prisa tiene usted!

—Adonde sea preciso... Empiezo á comprender, señor Moreno, que sus asuntos no le interesan á usted solo.

Y desprendiéndose bruscamente del empresario, salió corriendo al pasillo estrecho, donde, efectivamente, había dos maletas y un portamantas.

Abrió la puerta y bajó corriendo las escaleras.

Al llegar al portal, el policía no pudo contener una blasfemia.

Paco, el criado, estaba en la puerta de la calle.

Camino de los desmontes del Hipódromo iba un coche, lanzado al galope el caballo.

—¡Ah, brilón! ¡Nos estabas escuchando!—dijo el policía.

Paco se encogió de hombros.

—¿Yo?

Moreno, que se acercó en aquel momento á los dos hombres y pudo ver cómo desaparecía el co-



che detrás de un hotel, sonrió agradecidamente á su criado.

### III

#### EL MISTERIO DEL KURSAAL

Poco después del crepúsculo hasta bien alta la noche, un grito muy español llenó Madrid:

¡El crimen de hoy! ¡El crimen de hoy!

Corrían vocando los vendedores de periódicos, y la gente arrebatava las hojas de papel, húmedas aún, donde en letras gruesas se leían títulos prometedores.

Las revistas de las sesiones de Cortes y de las corridas de toros, los telegramas de la guerra, se refugiaron en la segunda, en la tercera pla-

na, vencidos por la actualidad sangrienta y misteriosa.

Madrid tenía ya su crimen que apasionara los chismorreos de Casino y de café, que congregara vecinos en los patios de las casas pobres, que serviría á los periódicos para aguzar sus dardos contra el Gobierno á través de la Policía, que permitiese á los cronistas renovar sus tópicos, divagaciones y sentimentalismos...

Todos los periódicos prologaban sus informaciones evocando nombres de mujeres asesinadas impunemente. La Vicenta Verdier de la calle de Tudescos, surgía de la sombra nuevamente. Una vez más los ataques á la Policía española; las burlas á los señoritos de bufanda y guantes llenaban los mismos párrafos con las mismas palabras que en ocasiones precedentes. La obsesión política, el espíritu de partido, asomaba también con una ecuanimidad y una constancia dignas de mejor empleo.

Decía un diario republicano:

«¿Y á dónde vamos á parar? ¿Se convence el país de que no hay Policía, de que los ciudadanos están á merced de cualquier desalmado que se siente en una poltrona ministerial ó salga ebrio de una taberna? El país no puede ver con tranquilidad semejante estado de cosas. Hoy son las mujeres las que mueren, mañana serán los niños, y luego... ¡Ah, luego!... Que tenga mucho cuidado el Gobierno que nos desgoberna. No todo son cacerías, regatas y procesiones...»

Otro periódico grave, sesudo, exclamaba:

«He aquí los frutos de la desmoralización imperante. Varias veces hemos llamado la atención acerca de los ejes de perversión sobre los cuales gira demasiado vertiginosamente la actual situación liberal. Esos templos del vicio y del desfreno debían de ser clausurados en el perentorio é improrrogable plazo de veinticuatro horas. Este es el fruto de las libertades excesivas; ésta la cosecha de la cizaña sembrada... Volvamos los ojos á la anterior etapa conservadora y díganse si entonces, cuando los teatros se cerraban á las doce y media, los cafés á la una, y cuando se colocó una pareja de guardias delante de cada prostíbulo, ocurrían sucesos de la índole del que hoy tenemos que lamentar.»

Y, de unos á otros, corrían las mismas palabras, se hacían idénticas conjeturas y se aprovechaban los mismos retratos.

El último periódico que salió, cerca de las diez de la noche, renovó el grito de angustia, que ya empezaba á debilitarse:

¡El crimen de hoy! ¡El crimen de hoy!

Por la calle de Carretas bajó el alud harapiento y vocinglero de vendedores, invadió la Puerta del Sol para luego extenderse por las otras siete calles en busca de los barrios menos céntricos y de los teatros...

En primera plana venía un retrato de la víctima. Era la misma silueta esbelta y grácil dentro del maillot negro cortado en los muslos; el

mismo rostro juvenil enmarcado por los cabellos rubios y bajo el sombrero de la pluma extravagante.

Debajo del retrato, con las mismas titulares empleadas para las ocasiones sensacionales como: *Crisis total ó ¿Vamos á Melilla?* ó *El «Bombita» ya no torea en ninguna parte*, empezaba el relato del crimen:

## EL MISTERIO DEL KURSAAL

UNA CUPLETISTA INGLESA DEGOLLADA. — LAS PRIMERAS NOTICIAS. — ¿QUIÉN ES EL ASESINO? — EL HOMBRE DEL GABÁN DE PIEL. — DETENCIÓN DEL EMPRESARIO. — CIERRE DEL TEATRO. — LO QUE DICEN «LA PERCHELERA» Y LYDIA LHERRIS. — COCHES QUE DESAPARECEN.

Después de los comentarios preliminares, que en nada podían molestar al gobierno democrático, pues se trataba de un diario ministerial, el periódico justificaba el título y los subtítulos.

«Todo hace creer que estamos en presencia de un crimen sensacional y que causará bastantes inquietudes y desvelos á nuestra Policía.

«Miss Ada Howell, la inglesita que en poco tiempo logró despertar tantas simpatías en el público noctámbulo y alegre, ha aparecido completamente desnuda y muerta, sobre la cama, en su cuarto del hotel.

«Una espantosa herida del cuello había causado la muerte casi instantánea... Cuando fué descubierto el crimen por la camarera que, como todas las mañanas, entró á avisarle á miss Ada Howell que estaba preparado el baño, ya debía de haber transcurrido algunas horas desde que la infeliz artista pereció á manos de un asesino. La sangre había empapado la almohada, los sábanas y formaba un gran charco obscuro en la alfombrilla blanca y crema que había á los pies de la cama.

«No existía en la habitación el menor indicio de lucha, ni se ha encontrado el arma homicida...

«Interrogados por el comisario primero, y por el juez después, los camareros de guardia dicen que miss Ada Howell entró sola, como todas las noches, cerca de las tres de la madrugada.

«Según parece, la víctima no era muy partidaria de los hombres, y se cuentan de ella anécdotas que el respeto á nosotros mismos nos impide relatar. Bien reciente, por otra parte, está su disputa con otra artista de varietés, en uno de los cafés más concurridos de Madrid, por rivalidades artísticas, según lo que dijeron los periódicos, por anomalías ó inversiones del instinto sexual, según lo que averiguamos los periodistas.

«Sin embargo, en esta ocasión, el médico que ha reconocido á la víctima, asegura que miss Ada Howell, recitó la muerte de manos de un hombre, inmediatamente después de haberse entregado á él.

## »¿QUIÉN ES EL ASESINO?

«Aún no se sabe y tal vez no se llegue á demostrar nunca, á pesar de que recaen todas las sospechas sobre el empresario del Mundial Kursaal, donde trabajaba la artista inglesa.

«*Currita la Perchelera* y Lydia Lharris, amigas y compañeras de miss Ada Howell, han declarado que después de terminarse las secciones en el Mundial, estuvieron con ella, como todas las noches, en el café Colonial, donde cenaron solas. Pero que á la salida había un coche á la puerta del cual descendió un hombre alto, de gabán de pieles, y le hizo una seña á miss Ada Howell, volviendo á entrar inmediatamente dentro del vehículo.

«Miss Ada se despidió de sus compañeras y entró á su vez en el coche, para sacar inmediatamente la cabeza por la ventanilla y decirle al cochero:

«—Hacia la Castellana.»

*Currita la Perchelera* y Lydia Lharris quedaron estupefactas. Era la primera vez que veían á miss Ada Howell con un hombre. Según han dicho las dos artistas, en aquel momento eran las dos y cuarto de la madrugada.

«Mediaron, pues, tres cuartos de hora entre la salida del café de miss Ada Howell y su entrada en el hotel.

## »DETENCIÓN DEL EMPRESARIO

«El inspector Almenar, que por orden de la Jefatura Superior de Policía acudió esta mañana á casa del empresario del Mundial Kursaal, ha detenido á dicho señor. El juez ha ratificado este acto del policía decretando la incomunicación del detenido.

«¿Por qué? Según parece, la conducta del señor Moreno, empresario del Mundial, es bastante misteriosa.

«Se ha demostrado que tenía preparado un viaje para hoy por la mañana temprano, y no ha sabido ó no ha querido explicar dónde y con quién ha pasado la noche.

«Además, su detención ha servido para precipitar el desenlace de la presente temporada del Mundial.

«Según parece, y á pesar de los importantes ingresos que le producía su negocio, el señor Moreno estaba á punto de cerrar el teatro. Tenía judicialmente intervenida la taquilla y debía dos nóminas á los artistas.

«En una carta dirigida á su representante el señor Martín, y de la cual se ha apoderado la Policía, el señor Moreno le decía que se iba á Barcelona para obtener algún dinero con que hacer frente á los acreedores más impacientes, y que durante su ausencia que procurase sortear del mejor modo posible los obstáculos.

«El inspector Almenar cree en la posibilidad

de que sea inocente el señor Moreno, y así se lo ha indicado al juez. Según parece, el empresario del Mundial Kursaal ha debido pasar la noche con una mujer á la cual no quiere comprometer descubriéndola.

«¿Quién es esta mujer? Moreno no piensa decirlo; el inspector Almenar debe saberlo; pero se reserva, sin duda para cerciorarse por completo. Paco, el criado del señor Moreno, también lo sabe; pero asegura que no sabe el nombre ni las señas de la interesada.



«A todas las preguntas, Moreno contesta que es inocente y que no puede decir dónde ha pasado la noche sin comprometer gravemente la honra de una mujer, muy ajena al misterio del Kursaal.

«Esto podría ser una ingeniosa disculpa caballeresca, á no existir lo que ha visto el inspector Almenar y dos de nuestros compañeros de redacción.

«Cuando Moreno volvió á su casa á las once de la mañana, volvió en coche. La portera ha declarado que dentro de este coche había una mujer, cuyo rostro no pudo ver por estar cubierto con un velo espeso.

«Pasado un rato bajó precipitadamente el criado Paco y habló con la señora algunas palabras; luego le dijo al cochero:

«—Al paseo del Obelisco... Lo más deprisa que puedas...

«Pocos minutos después bajaron el inspector

Almenar y Carlos Moreno, cuando ya el coche desaparecía detrás de uno de los hoteles próximos al Hipódromo.

»Casi al mismo tiempo llegaron nuestros compañeros los señores Media y Puigrós, quienes salieron corriendo detrás del coche; pero, naturalmente, hubieron de desistir. Lo único que han podido averiguar es que el coche tenía la caja y las ruedas amarillas.

»Ahora bien; ¿la dama del coche será cómplice de Moreno en el crimen? ¿Será, sencillamente, la mujer con quien el empresario del Mundial sostiene relaciones? En este último caso, creemos que no debe dejar á su amante bajo la tremenda acusación que pesa sobre él en estos momentos. Si el amor de él á ella no quiere comprometerle, el amor de ella á él debe salvarle.

#### »EL COCHE ROJO Y EL COCHE AMARILLO

»El coche donde subió miss Ada Howell á la puerta del café Colonial tenía la caja y las ruedas rojas; el coche que esperó á la puerta de la casa del empresario, con una señora dentro, tenía la caja y las ruedas amarillas. Esto es lo único que se sabe de ellos. Ni las artistas de varietés ni la portera, el inspector y los periodistas pueden decir los números respectivos de los dos carruajes.

»Confiamos en que los cocheros cumplirán con su deber presentándose al juez instructor de la causa. Sus declaraciones pueden tener una importancia casi decisiva.

#### »ÚLTIMA HORA

»A la hora de cerrar esta edición, el *misterio del Kursaal* sigue en el mismo estado.

»Se dice que el juez dispondrá esta misma noche la encarcelación de Don Carlos Moreno.

»A la causa seguida contra éste se han unido las denuncias por falta de pago é incumplimiento del contrato que han presentado casi todos los artistas del Mundial Kursaal.

»El teatro ha suspendido sus funciones, y la enorme cantidad de público que atrajo el conocimiento del crimen ha promovido un pequeño escándalo frente á las taquillas. Tuvieron que intervenir varias parejas de Seguridad.

»Mister Adris Payne Sheffield, un norteamericano que se hospeda en el mismo hotel donde han asesinado á miss Ada Howell, ha pedido se le traslade al cuarto de esta última.

»Las sospechas que recayeron sobre él con este motivo se han disipado en seguida. Según parece, no se trata más que de un excéntrico atacado de necrofilia.

»El inspector Almenar ha sido relevado de todo servicio por la Jefatura superior, para que pueda consagrarse por entero al esclarecimiento del crimen.

»Por primera vez confiamos en la Policía. El señor Almenar procede de las penúltimas opo-

siciones; es un hombre culto y apasionado de su carrera y seguramente sabe más de lo que quiere decir.»

Los periódicos diurnos repitieron al día siguiente los mismos ó parecidos comentarios. Lo único que pudieron adelantar fué la declaración de uno de los cocheros.

Era el de miss Ada Howell, é indicó que le tomó un caballero alto, con gabán de pieles, en la plaza de Santo Domingo, á la una y cuarto de la mañana, y que le ordenó fuese al café Colonial y esperase delante de la puerta, hasta que salió el grupo de cupletistas y subió miss Ada Howell y le ordenó que se dirigiese á la Castellana. Cerca de la estatua de Castelar le mandaron que se detuviese y le despidieron.

Fuese porque estaba medio dormido ó por tener subido el cuello del gabán el caballero cuando le tomó en Santo Domingo, no podía reconocerle. Puesto enfrente de Carlos Moreno, que también llevaba gabán de pieles, no supo decir si era efectivamente dicho caballero el empresario.

En cuanto al otro cochero, no quiso presentarse á declarar, temeroso, sin duda, de las molestias y contratiempos que ese acto pudiera acarrearle.

#### IV

#### DISERTACIONES PSIQUIATRICAS

El inspector Almenar abrió la segunda puerta de cristales del café Colonial. El ruido, la niebla luminosa, el olor de multitud, le cegaron y asordaron por un momento.

Tan brusco y rudo el contraste de las calles frías, de sombras astrosas y coches rápidos bajo la llovizna, con el café caldeado por un largo día y una larga noche de gente.

Eran las dos de la madrugada, y desde poco antes empezó á llenarle su público especial de loteros, rameras elegantes, artistas de «varietés», chulos, estudiantes juerguistas, agentes de teatros y escritores... Mundo noctámbulo y cínico, en que las mujeres parecen payasos trágicos con los ojos hundidos y febriles, las carnes estucadas y los labios artificialmente rojos bajo los cabellos obsesionantes de tan negros ó de un rubio oxigenado de muñecas; en que los hombres tienen facies lívidas y miradas de una luz jura rencorosa y fría.

En torno de las mesas bullen los camareros, aturdidos, sudorosos, en alto las bandejas llenas de comida y bocks llenos de la cerveza, de oro líquido.

De vez en vez atraviesan el café mujeres altas, vestidas con un lujo chillón y detonante, seguidas de alguna vieja exigua y sombría ó de

un mozo alto, achulado, que saluda con la mano llena de sortijas.

A su paso callan un momento las conversaciones, surgen chicleos obscenos y los ojos de tisis de las otras mujeres chispean como dagas.

Luego torna el ruido anterior, el choque de cubiertos y platos, las risas, las palmadas, las blasfemias, dichas en voz alta y sin espanto de nadie. Una niebla cálida, pesada, pegajosa, que

otras mesas con las madres y las hermanitas menores, que abrian precozmente sus pupilas al vicio. Con ellos estaba un jefe de *claqueurs*, gordo y lucido, con sortijones toreriles, un palasán y un puro con faja, que mordía los dientes ocultos por el bigote negro y poblado. Los otros dos hombres eran: un muchachito á quien llamaban *Raffles*, que contrataba artistas é iba de mesa en mesa bebiendo bocks de cerve-



empalidece las luces eléctricas, cubre de minúsculas gotas la superficie de los espejos y oprime las sienes y ofusca los pensamientos...

Almenar avanzó lentamente, buscando un sitio... En alguna mesa veía individuos que más de dos y de tres veces visitaron los calabozos sórdidos de las comisarias; mujerzuelas que en noches no lejanas eran recogidas en montón y que, previsoras, llevaban su cabo de vela para alumbrarse hasta las cuatro de la mañana, cuando las soltaban como á una jauría. Ahora habían ascendido: eran cupletistas, tenían sombrero y un amante que les convidaba á cenar.

De una mesa le llamaron.

—¡Pisst! Almenar...

Miró y denegó sonriendo.

—Voy más allá. Estoy citado con uno...

Era una reunión pintoresca. Dos jayanes que representaban zarzuelas obscenas sobre el escenario de un cinematógrafo, en compañía de varias concurrentes al café y desperdigadas por

za, cuchicheando á las orejas transparentes y enriquecidas de brillantes ó estrechando manos hombrunas que sabían del roce de la navaja y de los golpes en mejillas de mujer; el otro, un hombre grueso, con trazas de tendero y mirada ingenua, futura víctima de algún nuevo espectáculo, á donde le llevaría el señuelo de las carnes lacias de bailarinas y cupletistas.

Almenar siguió andando hacia la derecha, donde el local se ensanchaba en dos saloncitos menos concurridos que el centro... Había cierta distinción en estas mesas, próximas al mostrador y cercanas á la puerta de espejo que conducía á los retretes y á las cocinas.

Le llamaron de otra mesa. Acudió sonriendo. Eran dos amigos suyos. Escritor el uno, médico el otro. Les acompañaba *La Orquidea*, una artista de «varietés».

—Siéntate aquí, chico...

Almenar se sentó, llevándose la mano al sombrero.

—¿No la conoces?—dijo el doctor Brunet, señalando á la mujer repintada y no exenta de elegancia.

—Sí. Es *La Orquidea*; ¿verdad? La he visto cantar muchas veces aquello de

«Yo te quiego...  
bravo toguego;  
yo te quiego  
bandeguillego...»

Ella sonrió, halagada por el modo de pronunciar las erres. Era una mujer muy alta y muy delgada, casi esquelética. Tenía las pupilas sombrías, los pómulos salientes y lívidos. En su rostro, lo único que parecía vivir era la boca de labios carnosos y desvergonzados. Tenía veinticinco años y llevaba diez rodando por los music-halls y los teatros de Marsella, de Argel, de Lisboa, de Barcelona y de Madrid. Vestía un traje muy ceñido, de color gris acero, y se cubría los cabellos, foscos y requemados por las tenacillas, con un sombrero amarillo, de grandes plumas lloronas.

En torno al busto se arrugaba la seda roja del abrigo de pieles caído sobre el diván.

—Eres el hombre del día—dijo el escritor—. Todo el mundo tiene los ojos puestos en ti.

—¿Qué? ¿Sabes algo?—preguntó el médico.

Almenar seguía sonriendo.

—Nada... Pero antes de una semana confío descubrirlo todo.

*La Orquidea* suspendió la operación de descascarar un langostino.

—¡Pobrecilla Ada! Yo trabajé con ella en el Nuevo hace seis meses... Ega una buena muchacha... Aquí éstos decían unas cosas muy gagas acegca del crimen... Tonteguias, ¿ma comprand?

Almenar miró á sus amigos interrogativamente.

Hermida, el escritor, sonrió.

—¡Oh! Nada... Es que recordaba un caso semejante que ocurrió en Buenos Aires hace cuatro ó cinco años, cuando yo estuve allí. Se lo empezaba á contar á éstos cuando tú llegaste. Fué un suceso que apasionó mucho á la opinión. Ingegnieros, el ilustre psiquiatra argentino, intervino en el proceso para demostrar la irresponsabilidad del criminal.

—¿Y era un caso semejante á éste?

—Yo creo que igual. Verán ustedes. La misma noche de su boda, un millonario intentó degollar á su mujer... Ella pudo salvarse después de mucho tiempo. En las declaraciones, el marido declaró que había obrado impulsado por una fuerza desconocida y terrible, por una especie de ofuscación al ver desnudo el seno de su mujer... Aquella blancura despertó el instinto homicida.

—Ya ve qué tonteguía—interrumpió *La Orquidea*.

—Nada de eso amiga mía—repuso el médico—. Aquel hombre debía ser un erótico-sanguinario á base epiléptica, como hay muchos ejemplos en la ciencia moderna.

Hermida asintió.

—Así lo reconoció el tribunal argentino y lo absolvieron... La familia de la mujer quiso intentar el divorcio, pero ella se opuso tenazmente, sin duda por la fortuna enorme de su marido. En cuanto se curó, desaparecieron de Buenos Aires.

—Seguramente tendría antecedentes psicopáticos en su familia.

—Por de contado. Las impulsiones mórbidas se habían repetido en sus antepasados. Su padre era un dipsómano, su madre una mística, un hermano suyo se arruinó en pleitos. Además, se descubrió que un tío suyo, á la misma edad, había cometido un delito semejante.

—Sí; á veces—interrumpió el médico—la herencia homicida es homócrona además de similar. Es decir, se manifiesta á la misma edad en los descendientes que en los ascendientes... Pero ciñéndonos al caso presente, es decir, al del asesino de miss Ada Howell y al de ese millonario, la psiquiatría tiene no pocos ejemplos en que basarse. Marc cita el caso de un individuo de carácter sombrío, huérfano de padre, que desde los diez y ocho años manifiesta una gran inclinación al homicidio, y llega á decirlo, asegurando que siente deseos de asesinar á su madre y á su hermana. Más de una vez estuvo á punto de hacerlo, y después de abrazar efusivamente á su madre, exclamaba: «Huya usted, madre mía, huya usted, porque si no, la degüello...»

El famoso barón de Humbolt cuenta que, en cierta ocasión, una de las criadas de su casa se arrodilló delante de su mujer, pidiéndole con lágrimas en los ojos que la permitiera marcharse de su casa cuanto antes. Sorprendida por semejante petición, la ruega que se explique, y entonces averigua que la doncella, siempre que desnudaba á uno de los niños del barón Humbolt, y contemplaba la blancura de sus carnes, sentía la tentación de abrirle el vientre. Como estos ejemplos podría citarles á ustedes muchos y siempre caracterizados por la absoluta ausencia de motivo... Los alcohólicos matan por miedo; los melancólicos por venganza «ó por hacerse un pedestal de su víctima», como afirma el doctor Cullerre; hay otros individuos, atacados de imbecilidad moral, que matan por el placer de matar, por una morbosidad indudable que á veces inclina hacia el crimen á niños de corta edad. Pero los desequilibrados lúcidos, estos eróticos-sanguinarios de que hablo, no ceden al impulso sino después de haber luchado contra él con todas sus fuerzas, y dando después muestras de un gran consuelo y de una tranquilidad de irresponsables.

Almenar, de codos sobre la mesa, clavada la

barba en los dos puños, escuchaba atentamente al médico. *La Orquídea*, que al principio se desconcertó un poco al oír las palabras extrañas, se fué interesando en el relato. En su memoria surgían, al conjuro de la voz serena é impasible, esas historias crueles y oscuras que toda pros-

la corte porque se veía arrastrado á violar y asesinar al Delfín... Luego, en medio de espantosas orgías, sacrificó cerca de ochocientos niños... Bien popular es el marqués de Sade, que causaba á las mujeres profundas incisiones para ver correr la sangre mientras las poseía. Este de-



tituta ha vivido, enseñándole á despreciar al hombre.

El ambiente cálido, pesado, del café, adquiría una brumosa inquietante de pesadilla. Los rostros, los ademanes, tenían la monstruosa aglomeración de las larvas, y á veces se vislumbraba como una defensa las tapias blancas y las ventanas férreas de los manicomios.

—En estas perversiones de la *vita sexualis*, estudiadas y reconocidas por la psicopatía sexual, hay episodios tan definitivos como el de Gilles de Rays, el mariscal de Francia que abandonó

generado, á quien se encerró en la cárcel de Bicetre, es un triste ejemplo de lo que puede hacer de sus víctimas el dolor lascivo ó *algolagnia activa*, según la define Schreuck-Notzing.

—¡Oh! Si vamos á citar casos literarios...— exclamó Hermida.

—¿Pero tú crees que la literatura, los personajes novelescos, no tienen á veces una fuerza de realidad abrumadora? El Santiago Lantier, de Zola, como el duque de la Freunesse, de Lorrain, como el Hulot, de Balzac, y, en la aberración opuesta y vergonzosa del algolagnico pasi-

vista concebido por el novelista Sacher-Masoch, hay una verdad profunda y trágica. El asesino de miss Ada Howell, como el millonario argentino de que hablaba antes, son hermanos directos de esas creaciones novelescas... pero palpitantes de humanidad... Por otra parte...

Algo inesperado interrumpió al médico. La cupletista, que, conforme avanzaba el relato, había palidecido hasta un punto inconcebible, se desmayó... Su cuerpo cayó de bruces sobre la mesa, derribando la botella del vino, manchándose el pecho desnudo con la grasa de los platos. Las largas plumas amarillas del sombrero se doblaron al otro lado de la mesa, en las rodillas de Almenar.

Hubo un momento de confusión. Los tres acudieron á levantarla... De las mesas inmediatas se acercaba la gente...

—No es nada... no es nada...—decía el médico, mojándola las sienes con la servilleta húmeda—. Se trata de una gran histérica... Le ha impresionado esta evocación de crímenes y de obsesiones mentales... ¿Qué?... ¡Julia, Julia!... ¿Se pasa, se pasa ya?...

Lentamente la mujer abrió los ojos. Tenía un resplandor vago y terso de esmalte. Los labios, demasiado rojos por la pintura, parecían más bordes de herida que nunca en la lividez del rostro...

—Vámonos pronto—dijo Almenar—. El aire de la calle la sentará bien...

Atravesaron el café por entre un inesperado silencio. La gente se ponía de pie. Los ojos febriles de alcohol y de insomnio veían pasar á aquella mujer lívida y esquelética, sostenida por el escritor y el médico. Detrás del grupo iba Almenar, ceñudo y preocupado.

Para salir, un camarero levantó la puerta metálica, que chirrió ásperamente. Almenar pensaba en la entrada de una tumba.

Cruelmente, el aire frío de la noche les azotó los rostros.

## V

### LA MUJER DEL RETRATO

En el anverso el nombre:

PABLO ALMENAR  
Inspector de Policía

MADRID

y en el reverso la súplica:

«Ruega á la señora de Uriarte le reciba unos momentos para hablar de un asunto interesantísimo.»

La señora de Uriarte dudó si recibirle. La blanca cartulina le temblaba entre las manos. Luego, como la doncella esperase, indiscreta en

su discreción, tiró la cartulina sobre la mesita de centro.

—No le conozco; pero, en fin, que pase...

A los pocos instantes, Almenar, correcto y sonriente, entraba en el saloncito.

—Usted sabrá disculpar mi atrevimiento, señora...

Ella hizo uno de esos gestos ambiguos que nunca afirman aunque parecen afirmar. Era la misma mujer que Almenar había visto retratada sobre la mesa del despacho de Moreno.

Alta, la carnación oscura, el pelo y los ojos negrísimos. Vestía un traje azul muy ceñido, y con el cuello tan elevado y recto, que parecía cortar la cabeza.

—Ya sabrá usted, señora—continuó Almenar sin desconcertarse por el silencio de ella—, lo que le ocurre á Moreno.

—Para ello sería preciso que supiera antes quién es Moreno.

Almenar se inclinó sonriendo.

—Es muy justo... Moreno, señora, es el amante de usted.

Súbito rubor la oscureció más aún el rostro moreno. Las manos medio rasgaron el pañuelito de encaje que tenía entre ellas.

—¡Eso es una insolencia!...

Almenar se acercó á ella y casi al oído murmuró:

—Piense bien antes de gritar si la conviene... Yo vengo como amigo de ustedes á demostrar la inocencia de Moreno...

Luego se sentó tranquilamente. La señora de Uriarte se adelantó hacia la puerta.

—La ruego á usted, señora, que me escuche unos minutos, que olvide mi brusquedad... Lo que tengo que decirle es muy interesante.

La señora de Uriarte, dueña de sí nuevamente, pensó en un momento lo conveniente que sería enterarse de los proyectos de Almenar. Retrocedió hasta él.

—Siéntese, señora.

—Estoy muy bien así.

El, entonces, se levantó.

—Bien. Hablaremos de pie. Ya conocerá usted, por los periódicos, el crimen del Mundial Kursaal y la comprometida situación de Don Carlos Moreno.

—No leo periódicos ni conozco á ese señor Moreno.

—Está usted en su derecho respecto de lo primero; pero siento decirle que no lo está respecto de lo segundo. Volveré á explicárselo á usted. Moreno es el amante de una señora casada. Por no comprometerla á ésta, se obstina en ocultar dónde y con quién pasó la noche del crimen, y esto puede costarle muy caro. Ahora bien, como ha dicho un periódico: «el amor de él á ella merece el amor de ella á él». Si él, por amor, quiere perderse, ella, por amor, debe salvarle. Ahora bien, yo sé quién es esa mujer, la conozco por

un retrato que tiene Carlos Moreno sobre su mesa, y he venido á suplicarla á usted que corresponda á la abnegación del señor Moreno.

Hubo una pausa. Almenar esperaba la contestación de la mujer morena. Pero ella, impasible, encajado el rostro de guillotizada en el alto cuello de tul bordado en azabaches y oro, le miraba sin pestañear.

—¿No contesta?

—¿Qué quiere usted que le conteste? No sé si se trata de una broma ó de un caso de ofuscación. Vuelvo á repetirle que yo ni conozco ni quiero conocer á ese señor Moreno.

Almenar, siempre sonriendo, repitió las palabras de ella:

—Ni quiero conocer á ese señor Moreno... Perfectamente. Por lo visto, es él quien no la conocía á usted...

—Es lo mismo.

—Tal vez no. A los pies de usted.

—Beso á usted la mano...

Iba á salir, cuando entró en el saloncito un hombre alto y grueso, de aspecto sombrío. Al ver á Almenar, frunció el ceño. Luego interrogó con los ojos á la señora de Uriarte.

—Es un dependiente de la joyería...

Luego, volviéndose hacia Almenar, añadió:

—Mi marido...

—¡Ah! Tanto gusto, señor...

Y Almenar se inclinó ceremoniosamente... A tiempo de levantar la cabeza vió que el señor Uriarte había cogido su tarjeta y la leía. Después, sin hablar, la dejó caer nuevamente sobre la mesita de centro, sonrió á su mujer y salió del saloncito.

Todo esto había sido tan rápido, tan momentáneo, que ninguna de las tres personas pareció darse cuenta de lo que hicieron las otras dos.

Al quedar solos, Almenar miró fijamente á la señora de Uriarte.

—¿Por qué no ha dicho usted quién era?... Tal vez en eso esté la confesión más plena de lo que yo creo respecto de usted.

Ella se echó á reír con una risa tan franca, que el inspector no pudo menos de mirarla asombrado.

—¡Dios mío! Veo que es usted muy poco psicólogo... Cualquiera mujer hubiese hecho lo mismo en mi caso. Culpable ó no, comprenda usted que no iba á decirle á mi marido: «Este señor es un inspector de policía que viene á acusarme de ser la amante de un asesino.» Sería absurdo y peligroso... ¡Ah! Y tenga su tarjeta. No me sirve de nada, y, en cambio, podría perjudicarme si la ve mi marido...

—Ya la ha visto.

—¡Ah! ¿Sí? No me he fijado...

Lo dijo muy tranquila, sin borrarse la sonrisa de sus labios rojos y carnosos.

—Sí, lo ha visto. Pero su esposo es un hombre discreto.

—No se parece á usted.

—Al contrario. Se parece á mi. El no ha preguntado por qué le engañaba respecto de mi personalidad, ni yo tampoco le he preguntado á usted por qué usa siempre los cuellos tan altos.

Ella palideció, pero recobró en seguida el dominio de sí misma.

—Decididamente le ha trastornado á usted la vanidad policíaca.

—Puede ser. Buenas tardes, señora.



—Adiós... Celebraré que descubra usted al asesino.

—Yo no. Se descubrirá él mismo antes de cinco días. A los pies de usted.

—Beso á usted la mano.

Ella oprimió el timbre, y á tiempo de salir Almenar á la antesala se encontró con la doncella, que abría la puerta de la escalera.

## VI

### «LA ORQUIDEA» INTERVIENE

Se encontraron en la calle Alcalá.

La Orquidea salía del ensayo. Vestía de rojo, y desde el cuello á las rodillas le caía el boa de piel blanca. Blancos eran también el manguito enorme en que ocultaba las manos y el alto gorro puesto sobre el cabello fosco de color de cobre pulido.

—¡Oh! ¡Almenar! Tanto gusto...

—Decididamente hay un dios para la Policía.

—¿Por qué?

—Porque iba en busca de usted. Mejor dicho, a saber sus señas.

Y Almenar señaló con el bastón hacia el teatro situado á poca distancia de ellos, entre las sendas agrupaciones de mesas y sillas de dos cafés céntricos.

—Sí. Debuté anteanoche.

—Estuve en el teatro. Un gran éxito.

*La Orquidea* sonrió agradecida.

A la grata luz del espléndido atardecer de Marzo parecían más pálidas sus mejillas y más sangrientos sus labios.

Al pasar junto al grupo, los hombres volvían la cabeza. Almenar, que no estaba en la edad y en las condiciones de que agraden estas envidias tácitas é inconscientes, decidió no perder el tiempo.

—¿Tiene usted algo que hacer, Julia?

*La Orquidea* le miró asombrada.

—No. Hasta la sección de las diez y media no trabajo.

—¿Quiere usted que tomemos un coche?

Ella le miró más asombrada aún.

El inspector se echó á reír.

—Perdone. No es eso que usted imagina, aunque se merezca siempre el homenaje de que la soliciten. Ahora no se trata de semejante cosa. Ya sabe usted que yo no tengo más que una obsesión, una idea fija.

—¡Ah, sí! Se me había olvidado. ¿Qué hay del crimen? Ya veo que los periódicos empiezan á burlarse de usted de un modo estúpido.

Almenar se encogió de hombros.

—¡Y si supieran que hace cinco días sé quién es el asesino y que no tendría más que alargar la mano para prenderle!...

—¿Por qué no lo hace usted?

—Porque esto de la Policía moderna, querida Julia, tiene mucho de teatral... A veces nos conviene dejar que aumente el misterio, que la opinión se desoriente y se preocupe en conjeturas disparatadas... Y, sin embargo, la Policía permanece muda, oculta, soportando los insultos de los periódicos—injustos puesto que en el momento de desaparecer el misterio no venderán tantos ejemplares—, esperando el momento oportuno, la ocasión más propicia para que el descubrimiento del criminal tenga una resonancia infinitamente mayor que hubiera tenido al día siguiente del crimen.

—Pero usted señaló un plazo...

—Que aún no se ha cumplido, mi linda amiga. Expira pasado mañana. Y mañana, si usted quiere, el asesino de miss Ada Howell se descubrirá á sí mismo.

—¿Si yo quiero?

El asombro la enmudeció antes de preguntarlo. Después, ante la impasibilidad sonriente del policía, sintió excitado su interés hasta un punto extraordinario.

—A ver... Explíquese... Explíquese.

—Aquí no.

—Bien. Entremos en el *Lyon*.

—Tampoco. Habría importunos. Un coche, ¿quiere?

La artista asintió con un movimiento de cabeza.

—Ahí, en Peligros encontraremos...

Atravesaron la calle.

Empezaba la hora maga y mentirosa que cotidianamente presta á Madrid aspecto de gran ciudad.

En el comienzo de la calle Alcalá el cielo se incendiaba de un modo sereno y lejano. Iban y venían lentos los carruajes. Sonaba alegre el campaneo de los tranvías. Se encendían luces de faroles, de cafés, de comercios. De entre el rumor anónimo de la gente apretada en ambas aceras surgían los nombres de los primeros periódicos nocturnos.

Precoz hálito vernal entibiaba el dormido aire del crepúsculo.

Ya instalados en la berlina, Almenar dió orden al cochero de que se encaminara hacia la Moncloa.

En otras circunstancias, Almenar hubiese sabido aprovechar el encanto frívolo y galante de la mujer bien vestida y bien perfumada que iba junto á él. Pero entonces, no. La mujer debía ser un aliado en vez de un obstáculo.

Rodaba el coche sobre el asfalto de la calle Arenal, y *La Orquidea* y el policía permanecían silenciosos. Al fin ella levantó la cabeza y le miró fijamente á él.

—Bueno. Usted dirá.

Por primera vez se daba cuenta la artista de que Almenar era un buen mozo, con los bigotes rubios y finos, los dientes muy blancos, muy menudos, y las manos de una señorial distinción.

—Verá usted, Julia... Es un poco difícil de explicar; pero confío en su talento y más que nada en su afán de las emociones extrañas y de los casos inauditos. Yo sé que en su vida hay muchos episodios que la acreditan de todo menos de mujer vulgar.

*La Orquidea* se encogió de hombros. Luego, apoyado un codo en el marco de la ventana, habló suavemente, con la mirada errabunda y nostálgica:

—Tal vez... Ni yo misma podría decirlo... Me atraen las sensaciones extrañas, las inquietudes casi enfermas. Ya se lo conté la otra noche, cuando me llevaron ustedes á casa, después del desmayo en el Colonial... En Tolón fumé opio con las «temporeras» ó amigas de los marinos; en París he servido de médium en una casa donde iba Flammarión... Otra vez, en Barcelona, con un pintor que ahora está en un manicomio, pasé la noche en el patio contiguo á la sala de disección del Hospital General... ¡Oh! Todavía recuerdo una cabeza de hombre, verdosa, con la lengua blanca asomando al borde de un cubo casi lleno de sangre. Me costó una en-

fermedad... Luego cosas horribles, más horribles aún... de la carne... cosas inconfesables que me avergüenza recordar... Leídas en libros ó aprendidas de hombres y mujeres que trajeron los vicios de otras tierras muy apartadas... Pero todo esto de un modo natural, casi lógico, ¿sabe?, impulsada por los nervios, según unos, por el cansancio de vivir, según yo... ¡Y si todavía esas aberraciones ó esos caprichos me calmaran, me trajeran el sueño por las noches ó me dignificasen ante mí misma!... Pero sucede todo lo contrario. De cada una de esas emociones nuevas y penetrantes salgo más enferma, con mayor asco de todo, y lo que es peor, con más deseos de volver á sufrirlas. Créame, es una fatalidad.

Volvía á mirarle como antes. Los ojos precisaban la mirada. En los labios, demasiado carmíneos, había una sonrisa melancólica.

—Y, sin embargo, amigo mío, en el fondo soy una gran romántica.

—Nunca lo he dudado—respondió Almenar—. Toda la ansiedad que hay en usted de lo desconocido no es más que romanticismo. Mal encaminado, pero romanticismo al fin. Por eso he contado con usted.

*La Orquidea* se echó á reír.

—¡Ah! Sí, es verdad... Ya no me acordaba de que piensa usted utilizarme como policía.

—Tanto como eso, no. Verá usted de lo que se trata. La otra noche, en su casa, dijo usted unas palabras que yo supe recoger y conservar.

—No recuerdo. ¿Qué fué?

—«Estando prevenida—dijo usted—, debe ser interesante pasar la noche con un hombre que padezca la obsesión de matar.»

Julia fijó más su mirada.

—¿No fué así?

—Así fué. Pero no comprendo...

—Pues sencillamente que yo la propongo á usted esa emoción con el propio asesino de miss Ada Howell.

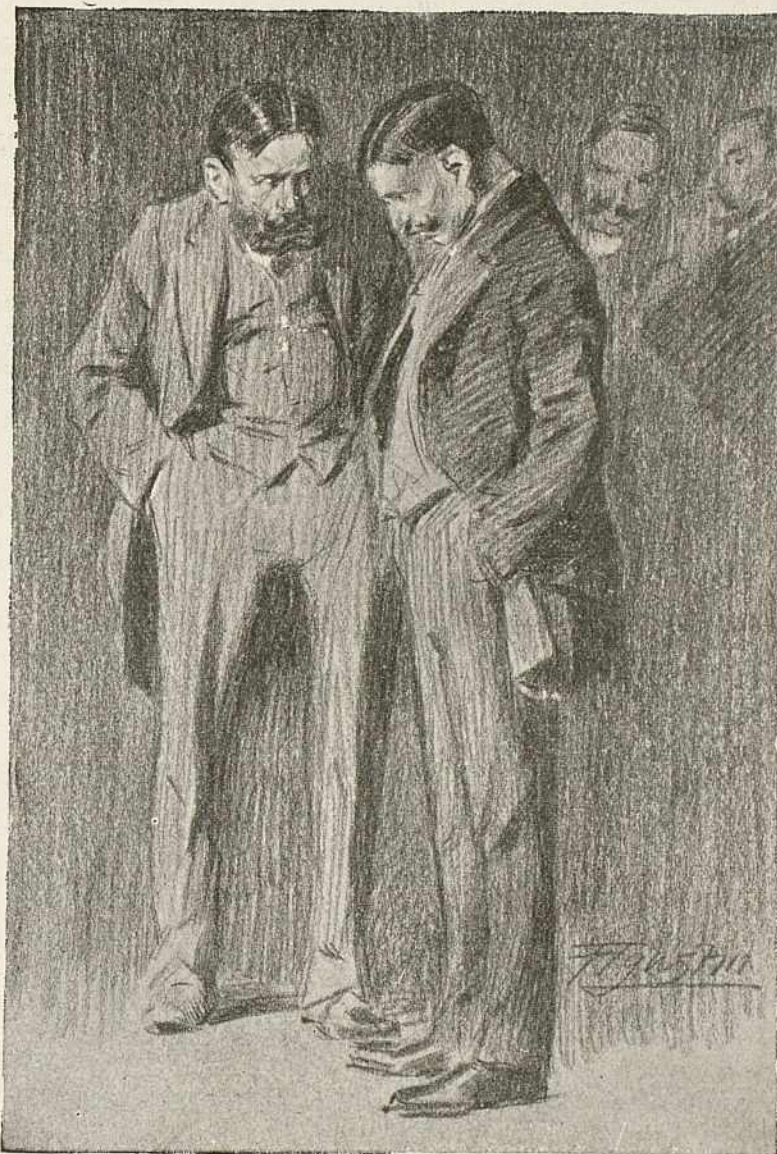
*La Orquidea* se estremeció. La sonrisa se había borrado de su boca. Bajo la tela sangrienta del vestido, el pecho, casi núbil de tan exiguo, se hinchaba y deprimía anhelante.

El coche bajaba por la cuesta de San Vicente. Subían y bajaban ómnibus de estación. Por las aceras, hombres encorvados bajo bultos y menes-

trales con chiquillos en brazos y de la mano... Figuras vulgares, cotidianas, bien ajenas á la extraña quimera que iba en aquel coche lento...

Almenar se acercó más al rostro de Julia.

—Le he visto estas tres noches en el teatro, en la primera fila de butacas. Sólo aplaude cuando usted sale. Ante su pecho, ante sus brazos des-



nudos, el rostro se le congestiona, la frente se le esmalta de sudor, las manos se le crispan contra los brazos de la butaca. Seguramente debió mirar así á miss Ada Howell.

—¿Y usted quiere que?...

—Sí. Para usted no habrá peligro ninguno. Tendrá un revólver bajo la almohada... Yo estaré en la habitación contigua con dos agentes, y en el momento que usted considere oportuno, dispara el revólver y, aprovechando el momento de estupor en él, entramos nosotros y lo detenemos. Será una captura digna del crimen.

Julia no contestó. Le había escuchado en silencio con los ojos muy abiertos.

—¿Acepta usted? —preguntó Almenar después de una pausa.

—¿Está usted seguro de que ese hombre es el asesino?

—Completamente seguro.

—¿Y cómo había de ir él á mi casa?

—Citándole usted en una carta donde le diría que había de hablarle de algo muy interesante en que usted y él intervinieron en América hace siete años. Claro que esto es mentira; pero bastará para atraerle...

—¿Y cuándo había de ser la cita?

—Mañana por la noche.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque no tengo libre esa noche.

—¡Ah!... Retrásela usted otro día.

—Imposible. El caballero de quien se trata se marcha pasado mañana de Madrid.

—¿Y tiene usted mucho interés en complacerle?

Julia se encogió de hombros.

—Tres mil pesetas.

—Yo la prometo á usted cinco mil en nombre de Carlos Moreno.

La Orquídea no contestó. El coche rodaba entre los altos álamos. Era de noche. Un gran silencio envolvía el campo. Sonaba melancólico el cascabel del caballo.

—¿Acepta usted?—volvió á preguntar el policía.

—Cómo se llama ese hombre?

Almenar dudó un momento. Luego, en voz muy baja, al oído de Julia, murmuró:

—Andrés Uriarte.

—¡Oh!!

—¿Qué le pasa á usted?

Ella, agitada, convulsa, no acertaba á abrir el bolso de piel...

—Espere... espere...

Lo abrió al fin y sacó una carta.

—Lea.

Almenar leyó:

«No puedo esperar más... El viernes he de salir de Madrid... Piénselo bien y contésteme esta noche diciéndome si acepta ó no.

A. U...»

—Andrés Uriarte—dijo ella, como respuesta á la mirada llena de asombro que él la dirigió.

Por un momento quedaron en silencio, estupefactos ante la abrumadora casualidad...

—¿Y ha dicho usted que sí?

—Aún no. Esta noche le contestaré... Y á usted también... Déjeme reflexionar; volvamos á Madrid... Yo le enviaré un recado á la Comisaría... Ahora no hablemos más; se lo ruego...

Almenar, asomando el busto por la ventanilla, le ordenó al cochero.

—Ferraz, 103. Deprisa...

No hablaron más. Al llegar á casa de La Orquídea bajaron. En el portal, el policía retuvo largo tiempo la mano menuda y nerviosa entre las suyas.

—Piénselo bien, Julia. Ahora ya no podemos perder tiempo.

—Antes de las doce tendrá usted la contestación.

A las once y media una mujer preguntó por el inspector en la Comisaría. Traía la contestación de Julia.

La artista no había escrito más que tres palabras:

«Acepto. Hasta mañana.»

## VII

### EL LAZO DE LOS BRAZOS BLANCOS

A la noche siguiente, desde antes de las once, estaba Almenar en casa de la cupletista, acompañado de dos agentes de Policía y del doctor Brunet.

Les habían instalado en el cuarto contiguo á la alcoba: un tocador con frágiles mueblecillos tapizados de rosa. En la perfumada penumbra que envolvía la habitación se veían brillar los cuatro cigarros. Estaba abierto el balcón que daba á la calle Ferraz, frente á un hotel con jardín y balconaje de mármol.

Había un gran silencio, interrumpido á intervalos cada vez más largos por el bramido rechinante de los tranvías, hinchados de luz.

De una gran placidez la noche, toda ella estaba blanca de luna.

Uno de los cuatro cigarros describió una elipse en el aire y salió por el balcón.

—¡Brunet!—dijo Almenar.

—¿Qué?

—¿Era el tuyo ese cigarro?

—Sí.

—No vuelvas á hacer eso... Aquí hay un cenicero con agua. ¿Ves?...

Muy débil chirrió la lumbre al mojarse... Quedaron sólo dos cigarros encendidos.

—¿Apagamos?—preguntó una voz.

—Más valdría...

En el silencio chirriaron otras dos lumbres.

—Y ya no fumemos más. Son cerca de las doce y no pueden tardar.

—Trabajaba en la sección triple...

—Sí; pero en la mitad. A las once y media terminaba...

Y Almenar cerró los cristales y las maderas del balcón. Una obscuridad absoluta envolvió á los cuatro hombres.

Experto y seguro, el inspector fué hasta su sitio sin tropezar en ningún mueble.

Pasó el tiempo. Nadie hablaba. Fuera, muy débiles, muy lejanas sonaron doce campanadas.

—La hora de las brujas y de los duendes—murmuró burlonamente el doctor.

No le contestaron. Después de una pausa, el mismo reloj de la torre lejana repitió las doce campanadas. La voz de Almenar sonó leve como un suspiro:

—Estoy más nervioso...

—¿Confías en el éxito?

—No sé. De ella depende todo.

—De ella no... De sus nervios.

Volvieron á callar. El silencio era casi sonoro. La obscuridad parecía oprimir las sienes y ensanchar las pupilas.

—¡Chist! ¿Oís?

Muy confuso al principio, en creciente sonoridad después, se oyó acercarse un carruaje.

—¡Ahí están!

Pero el carruaje pasó delante de la casa, es-

—Sí.

—Todas.

—Bien. Ya no volvamos á hablar hasta entonces...

Callaron. El coche se detuvo bruscamente. Sonó la puerta de la calle al abrirse. Luego las pisadas en la escalera y el coche que partía, apagándose el casqueteo de los caballos y los secos rebotes de las ruedas sobre los adoquines.

Aspero y desagradable, vibró largamente el timbre del piso; por el borde inferior de la puerta pasó un rayo de luz. Por el pasillo avanzó la



tremeció los cristales del balcón y luego se fueron apagando el casqueteo del caballo y los secos rebotes de las ruedas sobre los adoquines...

—No eran.

—No...

—¡Qué angustia!...

—Realmente los criminales acechando así en la obscuridad deben sufrir de un modo horrible.

—Ya lo creo. Casi todos son cardíacos.

Almenar y Brunet hablaban á frases sueltas, como rotas, en esa febril sequedad de las esperas demasiado largas. Los dos agentes permanecían mudos é inmóviles.

Muy confuso al principio, en creciente sonoridad después, se oyó acercarse otro carruaje.

—¿Serán?...

—¡Chist!... Deben ser. ¿Benigno? ¿Zapata? ¿Recuerdan todas las instrucciones?

doncella, descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Casi al mismo tiempo la voz de Julia:

—¿Vino la modista?

—Sí, señora. Dice que esté tranquila la señora, que lo tendrá todo antes del domingo.

Era la señal convenida de antemano. Julia sabía ya que los cuatro hombres estaban dentro de la casa.

—Bien. ¿Preparaste el Jerez y lo demás?...

—Sí, señora... ¿Manda algo más la señora?

—No, nada. Puedes acostarte.

En el silencio de la noche se oían claras, precisas, las palabras. Sonaron los golpes metálicos de las llaves de luz eléctrica, el ruge ruge de las sedas de Julia y unas pisadas fuertes y varoniles.

Almenar arrimó sus labios al oído de Brunet:

—Tiene una voz extraña Julia.

El médico asintió.

—Voz de dientes. Así hablan las mujeres cuando las amaga un ataque.

Se iluminó bruscamente la habitación contigua.

A través del hueco de la cerradura pasó un rayo luminoso.

—¡Oh! ¡Muy lindo! ¡Muy coquetón todo esto!—dijo una voz ronca.

—¡Bah! Modestito, modestito—contestó Julia. Luego se rió de un modo áspero, casi metálico. Brunet apretó los puños:

—¡Oh! Esa risa...

Almenar se acercó á la cerradura y miró la alcoba.

Uno de los agentes, arrimando sus labios al oído del otro, musitó:

—¡Vaya un papelito!

—*Couché* completamente.

Almenar se llevó la mano al corazón oprimiendo sus latidos. Frente á él, bajo la luz discreta y tibia del globo de cristal esmerilado, Andrés Uriarte, el americano alto y de aspecto sombrío, se quitaba el gabán de pieles.

—Con tu permiso—dijo la voz de Julia—. Voy á dejar el sombrero en el tocador...

—Bien.

Almenar se separó bruscamente de la puerta á tiempo de abrirla Julia.

La artista entró, cerrando tras de sí... Desde la sombra buscaron sus manos las manos del doctor.

—Valor, Julia...

Tenía una frialdad inquietante... Se la sentían rechinar los dientes.

—Tengo miedo... ¿Y Almenar?...

—Aquí.

Tan sutiles, tan apagadas las voces que apenas si se oían. Almenar cogió la otra mano de la artista. Ella le oprimió de tal modo que le incrustó las sortijas. Luego, buscando en la sombra la cara de él, le dijo:

—Por ti... únicamente por ti...

En la alcoba, Uriarte la llamó:

—¡Julia!

Los ocultos en la sombra se sobresaltaron.

—¿Qué?

—¿Estos fiambres serán para nosotros?

—Claro.

—Pues si no sales pronto, te quedas sin nada...

Ella rió, con la misma risa metálica de antes... Brunet la ayudó á quitarse el sombrero... Almenar el abrigo. Sus manos rozaron la tersura helada de la carne. Debía de ir excesivamente escotada...

Luego, *La Orquidea* entreabrió la puerta y volvió á cerrarla. Almenar volvió á mirar por la cerradura.

Uriarte, que estaba sentado á una mesita donde había platos con pastas y fiambres y dos botellas de Jerez, levantó la cabeza.

—¡Qué blancura la tuya, *Orquidea*!... ¡Tu garganta parece hecha de luna!...

Brunet y Almenar se estremecieron.

Julia debió de haberse sentado en la meridia-na situada á los pies del lecho, porque Uriarte se levantó y fué hacia ella, fuera del alcance visual de la cerradura.

El inspector tuvo tiempo de ver sus manos anchas y cubiertas de sortijas, crispadas en un temblor extraño.

La expectación era casi angustiosa... Se oía el murmullo apagado de la voz de Uriarte diciendo palabras de pasión. Después, silencio, silencio ancho, trágico, inevitable, como si el techo descendiera sobre los cráneos.

De pronto, la voz de él, extraña, alterada, más ronca que nunca:

—¡Julia! ¡Julia!

Se oyeron sus pasos precipitados y el timbre llamó angustiosamente, tercamente.

Almenar se precipitó en la alcoba seguido de los agentes y de Brunet... En la otra puerta apareció la doncella.

Antes de que Uriarte se diera cuenta de ello, estaba sujeto por los dos agentes. En seguida reconoció al inspector.

—¡Ah! ¡Usted!...

Almenar no le contestó. El y Brunet se habían precipitado sobre el cuerpo de Julia.

La artista yacía inmóvil, lívida, desorbitados los ojos por un terror supremo.

El americano se inclinaba hacia el grupo lleno de ansiedad...

—¿Qué? ¿Vive?...

Brunet movió negativamente la cabeza.

—No. Ha muerto... La ha matado el terror.

Hubo una pausa terrible, rota bruscamente por los sollozos de la doncella.

—¡Ay, mi señorita! ¡Mi señorita de mi alma!

—Entonces...—murmuró Almenar señalando á Uriarte.

Brunet tuvo una sonrisa melancólica.

—No. Ese hombre es inocente de esta muerte. A Julia la ha matado la emoción de verse en los brazos de un asesino...

## VIII

### MIENTRAS RUEDA EL COCHE...

El doctor Brunet y Almenar volvían en coche del entierro de *La Orquidea*.

Desde el depósito judicial al cementerio no cambiaron una sola palabra, é igual silencio les seguía envolviendo después de salir del cementerio.

Bruscamente la vernal serenidad de Marzo se había resuelto en lluvia. Con el agua tozuda, implacable, que enfangaba el suelo y abatía las ramas aún débiles de los árboles, parecía volver el invierno. Bajo los enormes arcos del puente, el río Manzanares pasaba rápido y fangoso. El cielo tenía una infinita desolación... A través de los vidrios del carruaje se veían pasar siluetas encorvadas, mujeres con las faldas sobre la cabeza,

hombres cubiertos con mantas, y las caballerías con las orejas gachas y el cuerpo reluciente de lluvia.

El doctor Brunet fumaba cigarillo tras cigarillo respetando el silencio de Almenar.

El inspector, ceñudo, sombrío, miraba obstinadamente el paisaje triste y sórdido...

Y, sin embargo, su nombre rodaba por todos los periódicos en una de esas brascas popularidades encomiásticas que sólo la Prensa es capaz de hacer.

Andrés Uriarte había concluido por declarar que él era, efectivamente, el asesino de miss Ada Howell, y confesó que obró impulsado por la misma extraña é irresistible obsesión que años antes, en América, le obligara á degollar á su esposa la noche de boda.

Su esposa logró curar de la espantosa herida; pero desde entonces llevaba siempre cubierto el cuello para ocultar la profunda cicatriz de la garganta.

Inmediatamente fué puesto en libertad el empresario del Mundial Kursaal, Carlos Moreno, y no le faltaron ofertas de capitalistas que pretendían unirse á él para la reapertura del teatro. Había que aprovechar el sangriento reclamo.

Pero Carlos Moreno rechazó todos los ofrecimientos, se negó á hablar con nadie, á aceptar nada; y al día siguiente de recobrar su libertad salió de Madrid. El Mundial Kursaal continuó cerrado.

En cuanto á *La Orquidea*, la autopsia ratificó el dictamen del doctor Brunet. Unicamente el terror agudizado por su temperamento harto impresionable y de una sensibilidad enfermiza, causó la muerte.

Entraba el coche por la calle Toledo, brillante y ruidosa á pesar de la lluvia.

A un lado y á otro, tabernas, tabernas, tabernas... De cuando en cuando, la anchurosa amplitud de una posada, como un gallardo capítulo de novela picaresca.

Se oían voces de vendedores de periódicos.

—*El País*, el *A B C*, con el retrato del asesino del Kursaal... con el retrato del inspector Almenar...

Almenar tuvo una sonrisa dolorosa, de infinita melancolía:

—Es curioso... Esa popularidad, que debía causarme una gran alegría, me parece un insulto, un castigo...

—¿Por qué?

El inspector miró fijamente á su amigo:

—¿Y me lo preguntas?

La evocación de *La Orquidea*, pálida, inmóvil sobre la *chaise longue*, desorbitados los ojos por el espanto, pasó como una ráfaga ante la frente de los dos amigos.

—¡Bah! Cuando se busca algo, cuando se conquista algo, no hay que volver la cabeza.

Almenar no contestó.

Lento el coche, rodaba sobre la calle de Toledo, pintoresca y plebeya.

—Realmente ha sido prodigioso...—exclamó de pronto el doctor Brunet.

El inspector le miró interrogativamente:

—¿El qué?

—El descubrimiento de Uriarte.

Almenar se encogió de hombros.

—No lo creas. Sencillo, sencillísimo, y sobre todo como son siempre estas cosas: por casualidad.

—Modestia...

—¡Ay, no, Brunet! No; antes pude tener orgullo; hoy sólo me causa pena... ¿Qué quieres? La falta de costumbre. Ya, ya se me irá secando el corazón. Para jugar con la sangre y con el misterio, la sensibilidad es un estorbo.

—¿De modo que tú no creiste nunca en la culpabilidad de Carlos Moreno?

—Ni por un momento. Es absurda tal suposición. ¿Cómo no habían de reconocerle *Currita la Perchetera* y Lydia Lharris al bajar del coche parado frente al Colonial la noche del crimen?

—Pudo haber encargado á alguien de esa comisión, pensando lo mismo que tú.

—Tal vez. Pero así y todo, nunca hubiesen faltado detalles anteriores, esas indudables pruebas de la preferencia del empresario sobre cualquier artista. Y no había nada de esto. Ada Howell trabajaba en la primera parte, lo cual no indicaba la menor influencia sobre la Empresa. Había, además, la indiferencia de la artista por los hombres. Unicamente cediendo á la oferta de una crecida suma, podía ceder á entregarse á uno de ellos. Este uno no podía ser Moreno.

—¿Por qué?

—Porque no. Todo el mundo sabía el mal estado del negocio. La taquilla estaba intervenida, los artistas hacía dos semanas que no cobraban... Por eso, cuando fui á casa del empresario, iba convencido de su inocencia. Luego, al hablar con el criado, al ver las maletas en el pasillo, comprendí que allí había otro misterio, tal vez más interesante que el del Kursaal. ¿Qué misterio era éste? No tardé en adivinarlo ante un retrato de mujer que había sobre la mesa de Carlos Moreno. En seguida lo reconocí. Era una americana riquísima, muy conocida por sus devaneos y por una extraña costumbre: la de llevar siempre cubierto el cuello, incluso en las noches del teatro Real, cuando se escotaba de un modo escandaloso. Nadie la había visto la garganta nunca, y entonces recordé las conjeturas que se hacían respecto de esa costumbre de la americana. Unos decían que la tenía cubierta de llagas; otros que había sufrido una dolorosa operación; pero todos estaban acordes en reconocer que no se trataba de un capricho. Pero esto no fué lo que me preocupó al principio, sino la seguridad de que la americana tenía relaciones amorosas con More-

no. Allí tal vez estaba la clave del mal estado del Kursaal, á pesar de los llenos rebosantes y del éxito de casi todos los números que había logrado reunir en su teatro.

—Muy bien; pero, después de todo, las relaciones de Moreno con esa mujer no eran más que un hecho vulgar, sin relación alguna con lo otro.

—Lo mismo creí yo al principio y, por lo tanto, no vi más que el amor de Moreno por la señora del retrato y la indiferencia de ésta por Moreno, puesto que dejó transcurrir dos días sin dar señales de vida á pesar de la comprometida situación de su amante. Y aquí aparece la casualidad, madre de los policias. La noche de ese segundo día fui al café Colonial y os escuché á ti y á Hermida las curiosas anécdotas neuropáticas que tanto impresionaron á la infeliz *Orquidea*. Lo que más presente se me quedó en la imaginación fué la aventura del millonario americano que intentó degollar á su mujer la noche de bodas.

—¡Ah! Comprendo...—interrumpió el doctor.

—Yo no... Era una idea vaga, confusa, imprecisa todavía. A la mañana siguiente adquirí el convencimiento de que Uriarte era el millonario de la aventura bonaerense y de que su mujer tenía hartos motivos para usar los cuellos altos. Pero nada más. La fusión de los dos hombres, del asesino de Ada Howell y del *algalágnico activo*—¿no se dice así?—(El doctor Brunet asintió sonriendo) que intentó degollar á su esposa tuvo lugar después, cuando vi que el marido miraba mi tarjeta y no se inmutaba lo más mínimo al comprender que su mujer mentía diciendo que yo era el joyero. Ella debía saber el crimen de él y lo ocultaba por la misma razón que rehusó el divorcio: por la inmensa fortuna de Uriarte. De aquí la impasibilidad de ambos. Así como no estaba dispuesta á salvar á Moreno diciendo que había pasado la noche con él, seguramente salvaría á su marido afirmando que aquella noche como otras el matrimonio puso todos los medios para cumplir la segunda parte del precepto divino.

—¡Asombroso!—exclamó Brunet.

—Lógico nada más—repuso Almenar.

—¿Y por qué no diste cuenta en seguida de tu descubrimiento?

—No era conveniente. Ya te digo que de acuerdo con su mujer le hubiese sido muy fácil á Uriarte probar lo que tan difícil le era á Moreno, y esto hubiese contribuido á embrollar el asunto sin más que una gloria algo discutible y relativa para mí. Yo deseaba, quería más aún; que el asesino se descubriera á sí mismo. Y recordé las palabras de la pobre Julia: «Estando

prevenida debe ser interesante pasar la noche con un hombre que padezca la obsesión de matar.» Pero no estaba decidido á proponerle semejante cosa á *La Orquidea*. Sólo después de verla tres noches seguidas en el teatro de la calle Alcalá, y sobre todo de ver en primera fila de butacas á Uriarte, es cuando resolví proponérselo. La casualidad—siempre la casualidad, fíjate—empujó al americano hacia Julia. Yo le vi impasible, frío, indiferente, cuando trabajaban las demás artistas. Unicamente *La Orquidea* lo excitaba, le encendía el rostro y ponía en sus ojos un fulgor extraño. Juntas se me aparecieron las dos satisfacciones: el triunfo y la venganza.

—¿La venganza?

Almenar se puso pálido.

—Perdóname. Lo he dicho involuntariamente... pero ya está dicho: yo empezaba á enamorarme de Julia. Aquel hombre ya no era sólo mi presa, con la cual me entretenía jugando hasta que llegara el momento de descubrir su crimen; era también el rival, y nada más grato que la mujer deseada por ambos le entregara en manos de la Justicia y me otorgase el triunfo...

Calló de pronto. Su amigo le miraba sinceramente asombrado. Hubo un largo silencio.

El coche entraba en la calle de Carretas. Había cesado de llover. Una aglomeración de tranvías y de coches los retuvo algunos minutos frente al teatro Romea.

Almenar pareció volver de un ensueño profundo.

—¿Qué pasa?

—Nada. Lo de siempre... Esta calle estúpida de Carretas...

El inspector miró por la ventanilla. Casi junto al cristal las pizarras del teatro anunciaban bailarinas y cupletistas.

Y volvió á evocar la figura esbelta y grácil de *La Orquidea*, la muchacha histérica de los labios artificiales, de las manos largas y consteladas de sortijas, que ya no volvería á cantar:

Yo te quiero  
bravo toguero...

y que en una noche inolvidable, en unos minutos de angustia y de impaciencia, le murmuró al oído:

—«Por ti... únicamente por ti...»

El coche había vuelto á rodar. Entró en la Puerta del Sol. Voces de mujeres, de hombres, de niños, gritaban:

¡*La Correspondencia!*!, ¡*El País!*!, ¡el A B C!  
¡Trae el retrato del asesino del Kursaal y del inspector Almenar!...

José Francés  
Ayuntamiento de Madrid

## REMEDIO DIVINO

**ANTIRREUMATICO** infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado. Pesetas, CINCO el frasco

## Fábrica de corbatas

GAMISAS, GUANTES, GENEROS, DE PUNTO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: :: CAPELLANES, 12 :: :: Precio fijo



## “LE COQUET”

Peluquería de señoras

12, CALLE DEL DESENGAÑO, 12

Postizos última novedad. Casa especial en tintes para el pelo y lavados de cabeza. Se peinan señoras y se dan lecciones.

## Cayetano Fernández

Recibe en México **El Cuento Semanal** y admite suscripciones para éste y demás periódicos españoles, dentro y fuera de la capital.

3.ª Bolívar, 33

Apartado 1.658

## PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante **DE LA TOS**. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.ª

MADRID, Calle de Alcalá, 9 MADRID

## LUZ NUEVA

Sin instalación de cañerías ni gasómetros se puede tener una luz de incandescencia superior á la de gas de hulla.—Es inexplorativa, no produce humo ni olor.

UNICO CONCESIONARIO EN ESPAÑA

## LAORDEN Y C.ª

Calle de Atocha, 43, MADRID

## Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay **NEURASTENIA** que se resista á su poder. Recházese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.ª

LEASE BIEN EL PROSPECTO

## COMPRO Y VENDO ALHAJAS

ANTIGÜEDADES, MAQUINAS DE ESCRIBIR Y FOTOGRAFICAS, PIANO PIANOLA, ESCO:  
:: :: :: PETAS Y BICICLETAS :: :: ::

## AL TODO DE OCASIÓN

Fuencarral, 45

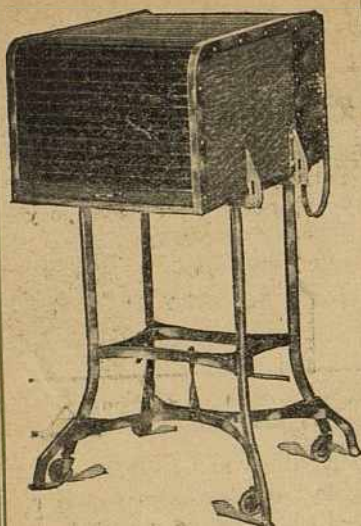
## Colecciones de EL CUENTO SEMANAL

(De los años 1907, 1908, 1909 y 1910)

Se venden en esta Administración al precio de **25 pesetas**, lujosamente encuadernadas

Para todo cuanto se relacione con la publicidad en **El Cuento Semanal**, dirigirse á D. Juan Pérez D. Aragón, Fuencarral, 90, bajo

Ayuntamiento de Madrid



LA MESA CERRADA

## Una mesa para máquina de :: escribir realmente ideal ::

Es de acero frío endurecido y roble de cinco hojas, indestructible. Mediante ruedas giratorias, que operan á comodidad, la mesa puede ser movida al más suave empuje, permitiendo transportarla para el dictado directo ó á una mejor luz, etc.

La máquina estará libre de polvo con sólo cerrar la mesa. Tiene doble llave.

Abierta la mesa presenta un completo "cabinet,, al conveniente alcance, con diversos compartimientos para contener Papel, sobres, volantes, accesorios, etc. Y amplio espacio para el atril y bandeja de documentos. La cubierta arrollable es también de acero.

Hay dos tamaños para máquinas de carro corriente y de carro grande, números 1 y 2.

### PRECIOS

Mesa núm. 1. . . . . 125 ptas.

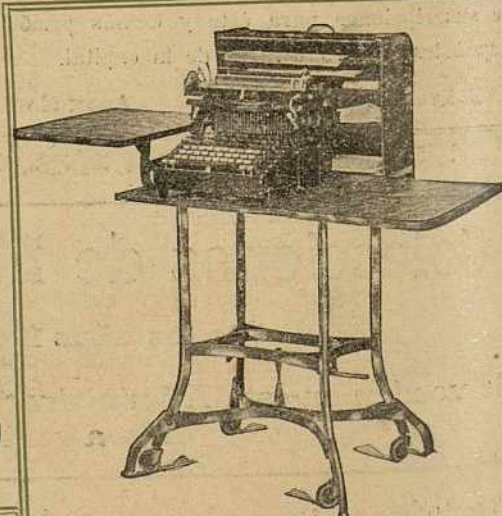
Idem, núm. 2. . . . . 150 —

Embalaje, 5 pesetas

# ASIN

PRECIADOS, 23

MADRID



LA MESA ABIERTA